

de su febril insomnio, pensó que D. León la había engañado y que la Virgen se pasaba al enemigo. «Pues para esto no se necesitaba tanto Padre Nuestro y tanta Ave María...» Por la mañana reíase de aquellos disparates, y sus ideas fueron más reposadas. Vió claramente que era locura no seguir el camino por donde la llevaban, que era sin duda el mejor. «¡Halal, honrada á todo trance. Ya me defenderé de cuantas trampas se me quieran armar.»

Doña Lupe dejó las ociosas plumas á las cinco de la mañana cuando aún no era de día, y arrancó de la cama á Papitos, tirándole de una oreja, para que encendiera la lumbre. ¡Flojita tarea la de aquel día; un almuerzo para doce personas! Llamó á Fortunata para que se fuera arreglando, y acordaron dejar dormir á Maxi hasta la hora precisa, porque los madrugones le sentaban mal. Dió varias disposiciones á la novia para que trabajara en la cocina, y se fué á la compra con Papitos, llevando el cesto más grande que en la casa había.

Lo que doña Lupe llamaba el *menudo* era excelente: riñones salteados, sesos, merluza ó pajeles, si los había, chuletas de ternera, filete á la inglesa... Esto corría de cuenta de la viuda, y Fortunata se comprometió á hacer una paella. A las ocho ya estaba doña Lupe de vuelta, y parecía una pólvora; tal era su actividad. Como que á las diez debían ir á la iglesia. «Pero no,

no iré, porque si voy, de fijo me hace Papitos algún desaguisado.» La suerte fué que vino Patricia, y entonces se decidió la señora á asistir á la ceremonia.

Púsose la novia su vestido de seda negro, y doña Lupe se empeñó en plantarle un ramo de azahar en el pecho. Hubo disputa sobre esto... ¿qué sí, que no. Pero la señora de D. Basilio había traído el ramo y no se la podía desairar. Como que era el mismo ramo que ella se había puesto el día de su boda. Fortunata estaba guapísima, y Papitos buscaba mil pretextos para ir al gabinete y admirarla, aunque sólo fuera un instante. «Esta sí que no tiene algodón en la delantera», pensaba.

La de Jáuregui se puso su *visita* adornada con avalorio, y doña Silvia se presentó con pañuelo de Manila, lo que no agradó mucho á la viuda, porque parecía boda de pueblo. Torquemada fué muy majo: llevaba el hongo nuevo, el cuello de la camisa algo sucio, corbata negra deshilachada y en ella un alfiler con magnífica perla que había sido de la marquesa de Casa-Bojío. El bastón de roten y las enormes rodilleras de los calzones le acababan de caracterizar. Era hombre muy humorístico, y tenía una baraja de chistes referentes al tiempo. Cuando diluviaba, entraba diciendo: «Hace un polvo atroz.» Aquel día hacía mucho calor y sequedad, motivo sobrado para que mi hombre se luciera: «¡Vaya una ne-

vada que está cayendo!» Estas gracias sólo las reían doña Silvia y doña Lupe.

Maxi llevaba su levita nueva y la chistera que aquel día se puso por primera vez. Extrañaba mucho aquel desusado armatoste, y cuando se lo veía en la sombra parecíale de tres ó cuatro palmos de alto. Dentro de casa, creía que tocaba con su sombrero al techo. Pero en orden de chisteras, la más notable era la de D. Basilio Andrés de la Caña, que lo menos era de catorce modas atrasadas, y databa del tiempo en que Bravo Murillo le hizo ordenador de pagos. Las botas miraban con envidia al sombrero por el lustre que tenía. Nicolás Rubín presentóse menos desaseado que otras veces, sintiendo no haber podido traer á D. León. *Ulmus Sylvestris*, *Quercus gigantea* y *Pseudo-Narcissus odoriferus* presentáronse muy guapetones, de levitín, y alguno de ellos con guantes acabados de comprar, y rodaron á la novia, y la felicitaron y aun le dieron bromas, viéndose ella apuradísima para contestarles. Por fin, doña Lupe dió la voz de mando, y á la iglesia todo el mundo.

Fortunata tenía la boca extraordinariamente amarga, cual si estuviera mascando palitos de quina. Al entrar en la parroquia sintió horrible miedo. Figurábase que su enemigo estaba escondido tras un pilar. Si sentía pasos, creía que eran los de él. La ceremonia verificóse en la sacristía, y duró poco tiempo. Impresionaron

mucho á la novia los símbolos del Sacramento, y por poco se cae redonda al suelo. Y al propio tiempo sentía en sí una luz nueva, algo como un sacudimiento, el choque de la dignidad que entraba. La idea del señorío enderezó su espíritu, que estaba como columna inclinada y próxima á perder el equilibrio. ¡Casada! ¡Honrada ó en disposición de serlo! Se reconocía otra. Estas ideas, que quizás procedían de un fenómeno espasmódico, la confortaron; pero al salir volvió á sentirse acometida del miedo. ¡Si por acaso el enemigo se le aparecía...! Porque Mauricia le había dicho que rondaba, que rondaba, que rondaba... ¡Aquí de la Virgen! Pero ¡qué cosas! ¡Si María Santísima protegía ahora al enemigo! Esta idea extravagante no la podía echar de sí. ¿Cómo era posible que la Virgen defendiera el pecado? ¡Tremendo disparate! Pero disparate y todo, no había medio de destruirlo.

De regreso á la casa, doña Lupe no cabía en su pellejo; de tal modo se crecía y se multiplicaba atendiendo á tantas y tan diferentes cosas. Ya recomendaba en voz baja á Fortunata que no estuviese tan displicente con doña Silvia; ya corría al comedor á disponer la mesa; ya se liaba con Papitos y con Patricia, y parecía que á la vez estaba en la cocina, en la sala, en la despensa y en los pasillos. Creeríase que había en la casa tres ó cuatro viudas de Jáuregui

funcionando á un tiempo. Su mente se acaloraba ante la temerosa contingencia de que el almuerzo saliera mal. Pero si salía bien, ¡qué triunfo! El corazón le latía con fuerza, comunicando calor y fiebre á toda su persona, y hasta la pelota de algodón parecía recibir también su parte de vida, palpitando y permitiéndose doler. Por fin, todo estuvo á punto. Juan Pablo, que no había ido á la iglesia, pero que se había unido á la comitiva al volver de ella, buscaba un pretexto para retirarse. Entró en el comedor cuando sonaba el pataleo de las sillas en que se iban acomodando los comensales, y contó... «Me voy—dijo—para no hacer trece.» Algunos protestaron de tal superstición, y otros la aplaudieron. A D. Basilio le parecía esto incompatible con las luces del siglo, y lo mismo creía doña Lupe; pero se guardó muy bien de detener á su sobrino por la ojeriza que le tenía, y Juan Pablo se fué, quedando en la mesa los comensales en la tranquilizadora cifra de doce.

Durante el almuerzo, que fué largo y fastidioso, Fortunata siguió muy encogida, sin atreverse á hablar, ó haciéndolo con mucha torpeza cuando no tenía más remedio. Temía no comer con bastante finura y revelar demasiado su escasa educación. El temor de parecer ordinaria era causa de que las palabras se detuvieran en sus labios en el momento de ser pronunciadas. Doña Lupe, que la tenía al lado, estaba al quite

para auxiliarla si fuera menester, y en los más de los casos respondía por ella, si algo se le preguntaba, ó le soplaba con disimulo lo que debía de decir.

A un tiempo notaron Fortunata y doña Lupe que Maximiliano no se sentía bien. El pobrecito quería engañarse á sí mismo, haciéndose el valiente; mas al fin se entregó. «Tú tienes jaqueca», le dijo su tía. «Sí que la tengo—replicó él con desaliento llevándose la mano á los ojos;—pero quería olvidarla, á ver si no haciéndole caso se pasaba. Pero es inútil; no me escapo ya. Parece que se me abre la cabeza. Ya se ve: la agitación de ayer, la mala noche, porque á las tres de la mañana desperté creyendo que era la hora, y no volví á dormir.»

Hubo en la mesa un coro compasivo. Todos dirigían al podre jaquecoso miradas de lástima, y algunos le proponían remedios extravagantes.

—Es mal de familia—observó Nicolás,—y con nada se quita. Las mías han sido tan tremendas, que el día que me tocaba, no podía menos que compararme á San Pedro Mártir, con el hacha clavada en la cabeza. Pero de algún tiempo á esta parte se me alivian con jamón.

—¿Cómo es eso?... ¿Aplicándose una tajada á la cabeza?

—No, hija..., comiéndolo...

—¡Ah!, uso interno...

—Vale más que te retires—dijo Fortunata á

su marido, cuyo sufrimiento crecía por instantes.

Doña Lupe fué de la misma opinión, y Maximiliano pidió permiso para retirarse, siéndole concedido con otro coro de lamentaciones. El almuerzo tocaba ya á su fin. Fortunata se levantó para acompañar á su marido, y no hay que decir que, sintiendo el motivo, se alegraba de abandonar la mesa, por verse libre de la etiqueta y de aquel suplicio de las miradas de tanta gente. Maxi se echó en su cama; su mujer le arropó bien, y cerrando las maderas, fué á la cocina á hacer un te. Allí se tropezó con doña Lupé, que le dijo:

—Primero es el café. Ya lo están esperando. Ayúdame, y luego harás el te para tu marido. Lo que él necesita más es descanso.

La sobremesa fué larga. Pegaron la hebra D. Basilio y Nicolás sobre el carlismo, la guerra y su solución probable, y se armó una gran tremolina, porque intervinieron los farmacéuticos, que eran atrozmente liberales, y por poco se tiran los platos á la cabeza. Torquemada procuraba pacificar, y entre unos y otros molestaban mucho al enfermo con la bulla que hacían. Por fin, á eso de las cuatro fueron desfilando, teniendo la desposada que oír los plácemes empalagosos que le dirigían, confundidos con bromas de mal gusto, y contestar á todo como Dios le daba á entender. La tarde pasóla Maxi muy mal;

le dieron vómitos, y se vió acometido de aquel hormigueo epiléptico que era lo que más le molestaba. Al anochecer se empeñó en que se había de ir á la nueva casa, y su mujer y su tía no podían quitárselo de la cabeza.

—Mira que te vas á poner peor. Duerme aquí, y mañana...

—No, no quiero. Me siento algo aliviado. El período más malo pasó ya. Ahora el dolor está como indeciso, y dentro de media hora aparecerá en el lado derecho, dejándome libre el izquierdo. Nos vamos á casa, me acuesto entre sábanas y allí pasaré lo que me resta.

Fortunata insistía en que no se moviese; pero él se levantó y se puso la capa. No hubo más remedio que emprender la marcha para la otra casa.

—Tía—dijo Maxi,—que no se olvide el frasco de láudano. Cógelo tú, Fortunata, y llévalo. Cuando me meta en la cama, trataré de dormir; y si no lo consigo, echarás seis gotas, cuidado..., seis gotas nada más de esta medicina en un vaso de agua, y me las darás á beber.

Muy abrigado y la cabeza bien envuelta para que no le diese frío, lleváronle á la casa matrimonial, que fué estrenada en condiciones poco lisonjeras. La distancia entre ambos domicilios era muy corta. Al atravesar la calle de Santa Feliciano, Fortunata creyó ver..., juraría... Le corrió una exhalación fría por todo el cuerpo.

Pero no se atrevía á mirar para atrás con objeto de cerciorarse. Probablemente no era más que delirio y azoramiento de su alma, motivados por las mil andróminas que le había contado Mauricia.

Llegaron, y como todo estaba preparado para pernoctar, nada echaron de menos. Sólo se habían olvidado unas bujías, y Patricia bajó á traerlas. Acostado Maxi, sucedió lo que se temía: que se puso peor, y vuelta á los vómitos y á la desazón espasmódica. «Tú no quieres hacer caso de mí... ¡Cuánto mejor que hubieras dormido en casa esta noche! Ahí tienes el resultado de tu terquedad.» Después de expresar su opinión autoritaria de esta manera, doña Lupe, viendo á su sobrino más tranquilo y como vencido del sopor, empezó á dar instrucciones á Fortunata sobre el gobierno de la casa. No aconsejaba, sino que disponía. Por dar órdenes, hasta le dijo lo que había de mandar traer de la plaza al día siguiente, y al otro y al otro. «Y cuidado con dejar de tomarle la cuenta á la muchacha al céntimo, pues Torquemada dice que no la abona y no hay que fiar... Si te falta algún cacharro en la cocina, no lo compres; yo te lo compraré, porque á ti te clavan... Nada de comprar petróleo en latas...; el fuego me horripila. Desde mañana vendrá el petrolero de casa y le tomas lo que se gaste en el día... Patatas y jabón, una arroba de cada cosa. Cuidado cómo te sales de un diario

de diez y seis, diez y siete reales todo lo más... El día que sea conveniente un extraordinario, me lo avisas... Yo iré con Papitos á la plaza de San Ildefonso, y te traeré lo que me parezca bien... A Maxi le pones mañana dos huevitos pasados, ya sabes, y un sopicaldo. Los demás días, su chuletita con patatas fritas. No compres nunca merluza en Chamberí. Papitos te la traerá. Mucho ojo con este carnicero, que es más ladrón que Judas. Si tienes alguna cuestión con él, nómbrame á mí y le verás temblar...» Y por aquí siguió amonestando y apercibiendo con ínfulas de verdadera ama y canciller de toda la familia. La suerte que se marchó.

Serían las diez cuando la desposada se quedó sola con su marido y con Patricia. Maxi no acababa de tranquilizarse, por lo que fué preciso apelar al remedio heroico. El mismo enfermo lo pidió, dejando oír una voz quejumbrosa que salía de entre las sábanas, y que por su tenuidad no parecía corresponder á la magnitud del lecho. Fortunata cogió el cuentagotas, y acercando la luz preparó la pócima. En vez de siete gotas, no puso más que cinco. Le daba miedo aquella medicina. Tomóla Maxi y al poco rato se quedaba dormido con la boca abierta, haciendo una mueca que lo mismo podía ser de dolor que de ironía.

IV

Al ver dormido á su esposo, parecióle á Fortunata que se alejaba; encontróse sola, rodeada de un silencio alevoso y de una quietud traidora. Dió varias vueltas por la casa, sin apartar el pensamiento y las miradas de los tabiques que separaban su cuarto del inmediato, y los tales tabiques se le antojaron transparentes, como delgadas gasas, que permitían ver todo lo que de la otra parte pasaba. Andando de puntillas por los pasillos y por la sala, percibió rumor de voces. Si aplicara el oído á la pared, oiría quizás claramente; pero no se atrevió á aplicarlo. Por la ventana del comedor que daba á un patio medianero, veíase otra ventana igual con visillos en los cristales. Allí lucía una lámpara con pantalla verde, y alrededor de ella pasaban bultos, sombras, borrosas imágenes de personas, cuyas caras no se podían distinguir.

Después de hacer estas observaciones, fué á la cocina, donde estaba la criada preparando los trastos para el día siguiente. Era muy hacendosa, y tan corrida en el oficio, que la misma doña Lupe se sorprendía de verla trabajar, porque despachaba las cosas en un decir Jesús, sin atropellarse. Pero á Fortunata le era antipática

por aquella amabilidad empalagosa, tras de la cual vislumbraba la traición.

—Patricia—le dijo su ama, afectando una curiosidad indiferente.—¿Sabe usted qué gente es esa del cuarto de al lado?

—Señorita—le dijo la criada sin dejarla concluir,—como estoy aquí desde el día antes de salir usted del convento, ya conozco á toda la vecindad..., ¿sabe? En ese cuarto vive una señora muy fina que la llaman doña Cirila. Su marido es no sé qué del tren. Tiene una gorra con galones y letras. Esta noche, cuando bajé por las bujías, me encontré á la vecina en la tienda y me preguntó por el señorito. Dijo que cualquier cosa que se ofreciera..., ¿sabe? Es muy amable. Ayer entró aquí á ver la casa, y yo pasé á la suya... Dice que tiene muchas ganas de hacerle á usted la visita.

—¡A mí!—replicó Fortunata sentándose en la silla de la cocina, junto á la mesa de pino blanco.—¡Qué confianzudo está el tiempo! Y usted, ¿para qué se ha metido allá sin más ni más?... ¿Qué sabía usted si á mí me gustaba ó no me gustaba entrar en relaciones...?

—Yo..., señorita..., calculé que...

—Nada, estoy vendida...—pensó Fortunata, —y esta mujer es el mismo demonio.

Un rato estuvo meditando, hasta que Patricia, mientras ponía los garbanzos de remojo, la sacó de su abstracción con estas mañosas palabras:

—Díjome doña Cirila que es usted muy linda, ¿sabe?... que esta mañana la vió á usted en la iglesia y que le fué muy simpática. Verá usted, cuando la trate, que también ella se deja querer. Dice que se alegrará mucho de que usted pase á su casa cuando guste... con confianza, y que de noche están jugando á la brisca hasta las doce.

—¡Que pase yo allá!..., ¡yo!

—Claro..., y esta misma noche puede pasar, puesto que el señorito duerme y no son más que las diez... Digo, si quiere distraerse un rato.

—¿Pero qué está usted diciendo? ¡Distraerme yo!

Fortunata se habría dejado llevar del primer impulso de cólera, si en su alma no hubiera nacido otro impulso de tolerancia, unido á cierta relajación de conciencia. Se calló, y en aquel instante llamaron á la puerta.

—¡Llaman!... No abra usted, no abra usted—dijo con presentimiento de un cercano peligro.

—¿Por qué, señorita?... ¿A qué esos miedos?... Miraré por el ventanillo.

Y fué hacia el recibimiento. Desde la cocina oyó Fortunata cuchicheo en la puerta. Duró poco, y la criada volvió diciendo:

—Los de al lado..., la misma señorita Cirila fué la que llamó. Nada; que si teníamos por casualidad azucarillos... Le he dicho que no. Me

preguntó cómo seguía el señorito. Le contesté que duerme como un lirón.

Fortunata salió de la cocina sin decir nada, cejijunta y con los labios temblorosos. Fué á la alcoba y observó á su marido que dormía profundamente, pronunciando en su delirio opiáceo palabras amorosas entremezcladas con términos de farmacia: «Idolo... De acetato de morfina, un centigramo... Cielo de mi vida... Clorhidrato de amoniaco, tres gramos..., disuélvase...»

Volviendo á la cocina, mandó á la criada que se acostase; pero la señora Patria no tenía sueño. «Mientras la señorita no se acueste, ¿para qué me he de acostar yo? Podría ofrecerse algo.» Y la muy picarona quería entablar conversación con su ama; mas ésta no le respondía á nada. De pronto, el despierto oído de Fortunata, cuyo pensamiento estaba reconcentrado en la trampa que á su parecer se le armaba, creyó sentir ruido en la puerta. Parecía como si cautelosamente probaran llaves desde fuera para abrirla. Fué allá muerta de miedo, y al acercarse cesó el ruido; ella no las tenía todas consigo, y llamó á Patria: «Juraría que alguien anda en la puerta... Pero qué, ¿no ha echado usted el cerrojo?»

Observó entonces que el cerrojo no estaba echado, y lo corrió con mucho cuidado para no hacer ruido.

—¡Vaya, que si yo me fiara de usted para guardar la casa!... A ver, atención... ¿No siente usted un ruidito como si alguien estuviera tentando la cerradura?... ¿Ve usted? Ahora empujan..., ¿qué es esto?

—Señorita..., ¿sabe?, es el viento que rebulle en la escalera. No sea usted tan medrosica...

Lo más particular era que la misma Fortunata, al correr el cerrojo con tanto cuidado, había sentido, allá en el más apartado escondrijo de su alma, un travieso anhelo de volverlo á descorrer. Podría ser ilusión suya; pero creía ver, cual si la puerta fuera de cristal, á la persona que tras ésta, á su parecer, estaba... Le conocía, ¡cosa más más rara!, en la manera de empujar, en la manera de rasguñar la fechadura, en la manera de probar una llave que no servía. Durante un rato, señora y criada no se miraron. A la primera le temblaban las manos y le andaba por dentro del cráneo un barullo tumultuoso. La sirvienta clavaba en la señora sus ojos de gato, y su irónica sonrisa podría ser lo mismo el único aspecto cómico de la escena que el más terrible y dramático. Pero de repente, sin saber cómo, criada y ama cruzaron sus miradas, y en una mirada pareció que se entendieron. Patricia le decía con sus ojuelos que arañaban: «Abra usted, tonta, y déjese de remilgos.» La señora decía: «¿Le parece á usted bien que abra?... ¿Cree usted que?...»

Pero á Fortunata le ganó de súbito el decoro, y tuvo un rechazo de honor y dignidad.

—Si esto sigue—dijo,—despertaré á mi marido. ¡Ah!, ya parece que se retira el ladrón, pues ladrón debe de ser...

Tocó el cerrojo para cerciorarse de que estaba corrido, y se fué á la sala. Patricia volvió á la cocina.

«En todo caso, es demasiado pronto», pensó Fortunata sentándose en una silla y poniéndose á pensar. Fué como una concesión á las ideas malas que con tanta presteza surgían de su cerebro, como salen del hormiguero las hormigas en larga procesión, negras y diligentes. Después trató de rehacerse de nuevo: «Resueltamente, mañana le digo á mi marido que la casa no me gusta y que es preciso que nos mudemos. Y á esta sinvergonzona la planto en la calle.»

¡Qué cosas pasan! De improviso, obedeciendo á un movimiento irresistible, casi puramente mecánico y fatal, Fortunata se levantó, y saliendo de la sala, se acercó á la puerta. En aquel acto, todo lo que constituye la entidad moral había desaparecido con total eclipse del alma de la infortunada mujer; no había más que el impulso físico, y lo poco que de espiritual había en ello, engañábase á sí mismo creyéndose simple curiosidad. Aplicó el oído á la rejilla... Pues sí, la persona, el ladrón ó lo que fuera, conti-

nuaba allí. Instintivamente, como el suicida pone el dedo en el gatillo, llevó la mano al cerrojo; pero así como el suicida, instintivamente también, se sobrecoge y no tira, apartó su mano del cerrojo, el cual tenía el mango tieso hacia adelante como un dedo que señala.

Entonces, por los huecos de la rejilla, de fuera adentro, penetraron estas palabras adelgazadas por la voz, cual si hubieran de pasar por un tamiz finísimo: «Nena, nena..., ahora sí que no te me escapas.»

Fortunata no hizo movimiento alguno. Se había convertido en estatua. Creía estar sola, y vio que Patria se acercaba pasito á pasito, pisando como los gatos. No con el lenguaje, sino con aquella cara gatesca y aquella boca que parecía que se estaba siempre relamiendo, decía: «Señorita, abra usted y no haga más papeles. Si al fin ha de abrir mañana, ¿por qué no abre esta noche?»

Como si esto hubiera sido expresado con la voz, con la voz respondió la señora: «No, no abro.»

—Vaya por Dios...

Largo y temeroso silencio siguió á esto. Después sintieron que se abría y se cerraba la puerta del cuarto vecino. Fortunata respiró. El *otro*, cansado de esperar, se retiraba.

—Vaya por Dios—repitió Patria, como si dijera: «Tanto repulgo para caerse luego...»

Pasado un cuarto de hora, sintieron que se abría otra vez la puerta de la izquierda. Corrió Fortunata al ventanillo, miró con cuidado y... el *otro* salía embozándose en su capa con vueltas encarnadas. La emoción que sintió al verle fué tan grande, que se quedó como yerta, sin saber dónde estaba. Hacía tres años que no le había visto... Observó un hecho muy desagradable: al salir el tal, no había mirado á la puerta de la derecha, como parecía natural... Estaba enojado sin duda...

Y movida del mismo impulso mecánico, la señora de Rubín corrió al balcón de la sala, y abrió quedamente la madera... En efecto, le vió atravesar la calle y doblar la esquina de la de Don Juan de Austria. Tampoco había mirado para los balcones de la casa, como es natural mire el chasqueado expugnador de una plaza al retirarse de sus muros.

Patricia se permitió la confianza de poner su mano en el hombro de su ama, diciéndole: «Ahora sí que nos podemos acostar. ¡Qué susto hemos pasado!» Fortunata le respondió: «¿Susto yo?... ¡quién!» Todo esto se decía en un cuchicheo cauteloso; y lo mismo lo habrían dicho aunque no hubiera allí un enfermo cuyo sueño había que respetar. La criada se deslizó blandamente por los oscuros pasillos, y el ama entró en la alcoba. Al ver á su marido, sintió como si lo que está á cien mil leguas de nosotros se nos

pusiera al lado de repente. Maxi había dado vueltas en el lecho y dormía como los pájaros, con la cabeza bajo el ala. El mezquino cuerpo se perdía en la anchura de aquella cama tan grande, y allí podía pasearse en sueños el esposo como en los inconmensurables espacios del Limbo.

La esposa no se acostó, y acercando una butaca á la cama, y echándose en ella, cerró los ojos. Y allá de madrugada fué vencida del sueño, y se le armó en el cerebro un penoso tumulto de cerrojos que se describían, de puertas que se franqueaban, de tabiques transparentes y de hombres que se colaban en su casa filtrándose por las paredes.

V

A la mañana siguiente Maxi estaba mejor, pero rendidísimo. Daba lástima verle. Su palidez era como la de un muerto; tenía la lengua blanca, mucha debilidad y ningún apetito. Diéronle algo de comer, y Fortunata opinó que debía quedarse en la cama hasta la tarde. Esto no le disgustaba á Maxi, porque sentía cierto alborozo infantil de verse en aquel lecho tan grandón y rodar por él. La mujer le cuidaba como se cuida á un niño, y se había borrado de su mente la idea de que era un hombre.

Vino doña Lupe muy temprano, y enterada

de que Maxi estaba bien, empezó á dar órdenes y más órdenes, y á incomodarse porque ciertas cosas no se habían hecho como ella mandara. Iba de la sala á la cocina y de la cocina á la sala, dictando reglas y pragmáticas de buen gobierno. Maxi se quejaba de que su mujer estaba más tiempo fuera de la alcoba que en ella, y la llamaba á cada instante.

—Gracias á Dios, hija, que pareces por aquí. Ni siquiera me has dado un beso. ¡Qué día de boda, hija, y qué noche! Esta maldita jaqueca... Pero ya pasó, y ahora lo menos en quince días no me volverá á dar... ¡Vamos!, ya estás otra vez queriendo marcharte á la cocina. ¿No está ahí esa señora Patria?

—Ha ido á la compra. La que está es tu tía, por cierto dando *tantismas* órdenes, que no sabe una á cuál atender primero.

—Pues déjala. Tú á todo di que sí, y luego haces lo que quieras, pichona. Ven acá... Que trabaje Patria; para eso está. ¡Qué bien sirve! ¿verdad? Es una mujer muy lista.

—Ya lo creo...

—¿Te vas de veras?

—Sí, porque si no, tu tía me va á echar los tiempos.

—¡Pues me gusta!... Entonces me levanto, y me voy también á la cocina. Yo quiero estarte mirando hasta que me harte bien. Ahora eres mía; soy tu dueño único, y mando en ti.

—Vuelvo al momentito, rico...

—Estos momentitos me cargan—dijo él nadando en las sábanas como si fueran olas.

Toda la mañana tuvo Fortunata el pensamiento fijo en la casa vecina. Mientras almorzaba sola, miraba por la ventana del patio, pero no vió á nadie. Parecía vivienda deshabitada. Siempre que pasaba por la sala echaba la esposa de Rubín miradas furtivas á la calle. Ni un alma. Sin duda la trampa se armaba sólo por las noches.

A la tarde, hallándose sola con Patricia en la cocina, tuvo ya las palabras en la boca para preguntarle: «¿y los de al lado?» Pero no desplegó sus labios. Debió de penetrar la maldita gata aquella en el pensamiento de su ama, pues como si contestara á una pregunta, le dijo de buenas á primeras:

—Pues ahorita, cuando bajé á la carnicería, ¿sabe?, encontréme á la señorita Cirila. Me preguntó por el señorito, y dijo que pasaría á verla á usted, sin decir cuándo ni cuándo no.

—No me venga usted con cuentos de... esa familiona—contestó Fortunata, cuyo ánimo estaba bastante aplacado para poder tomar aquella correcta actitud.—Ni qué me importa á mi..., ¿me entiende usted?

Maximiliano se levantó, dió algunas vueltas; pero estaba tan débil, que tuvo que volver á acostarse. Ella, en tanto, seguía observando. No

se oía en la vecindad ningún rumor. Por la noche igual silencio. Parecía que á la doña Cirila, á su marido, el de la gorra con letras, y á los amigos que les visitaban, se les había tragado la tierra. Por la noche sintió Fortunata tristeza y desasosiego tan grandes, que no sabía lo que le pasaba. Se habría podido creer que la contrariaba el no ver á nadie de la casa próxima, el no sentir pisadas, ni ruido de puertas, ni nada. Maximiliano, que desde media tarde había vuelto á nadar entre las agitadas sábanas del lecho, y estaba tan impertinente como un niño enfermo que ha entrado en la convalecencia, dijo á su consorte, ya cerca de las diez, que se acostase, y ésta obedeció; mas la repugnancia y hastío que inundaban su alma en aquel instante eran de tal modo imperiosos, que le costó trabajo no darlos á conocer. Y el pobre chico no se encontraba en aptitud de expresarle su desmedido amor de otro modo que por manifestaciones relacionadas exclusivamente con el pensamiento y con el corazón. Palabras ardientes sin eco en ninguna concavidad de la máquina humana, impulsos de cariño propiamente ideales, y de aquí no salía, es decir, no podía salir. Fortunata le dijo con expresión fraternal y consoladora: «Mira, duérmete, descansa y no te acalores. Anoche has estado muy malito, y necesitas unos días para reponerte. Hazte cuenta que no estoy aquí, y á dormir se ha dicho.» Si le tranquilizó,

no se sabe, pero ello es que se quedó dormida, y no despertó hasta las siete de la mañana.

Maxi se quedó más tiempo en la cama, hartiéndose de sueño; aquel reparo que su desmedrada constitución reclamaba. Púsose Fortunata á arreglar la casa y mandó á Patricia á la compra, cuando he aquí que entra doña Lupe toda descompuesta: «¿No sabes lo que pasa? Pues una friolera. Déjame sentar que vengo sofocadísima. Vaya que dan que hacer mis dichosos sobrinos. Anoche han puesto preso á Juan Pablo. Ha venido á decírmelo ahora mismo don Basilio. Entraron los de la policía en la casa de esa mujer con quien vive ahora, ¿te vas enterando?, y después de registrar todo y de coger los papeles, trincaron á mi sobrino, y en el Saladero me le tienes... Vamos á ver, ¿y qué hago yo ahora? Francamente, se ha portado muy mal conmigo; es un mal agradecido y un manirroto. Si sólo se tratara de tenerle unos días en la cárcel, hasta me alegraría, para que escarmiente y no vuelva á meterse donde no le llaman. Pero me ha dicho D. Basilio que á todos los presos de anoche..., han cogido á mucha gente..., les van á mandar nada menos que á las islas Marianas; y aunque Juan Pablo se tiene bien merecido este paseo, francamente, es mi sobrino, y he de hacer cuanto pueda para que le pongan en libertad.

Maxi, que oyera desde la alcoba algunas pa-

labras de este relato, llamó, y doña Lupe lo repitió en su presencia, añadiendo:

—Es preciso que te levantes ahora mismo y vayas á ver á todas las personas que puedan interesarse por tu hermano, que bien ganado se tiene el achuchón; ¡pero qué le hemos de hacer!... Tú verás á D. León Pintado, para que te presente al doctor Sedeño, el cual te presentará á D. Juan de Lantigua, que aunque es un señor muy *neo*, tiene influencia por su respetabilidad. Yo pienso ver á Casta Moreno para que interceda con D. Manuel Moreno Isla, y éste le hable á Zalamero, que está casado con la chica de Ruiz Ochoa. Cada uno por su lado, bebemos los vientos para impedir que le plantifiquen en las islas Marianas.—Vistióse el joven á toda prisa, y doña Lupe, en tanto, dispuso que no se hiciese almuerzo en la cocina de Fortunata, y que ésta y su marido almorzaran con ella, para estar de este modo reunidos en día de tanto trajín. Maxi salió después de desayunarse, y su mujer y su tía se fueron á la otra casa. Por el camino, doña Lupe decía: «Es lástima que Nicolás se haya ido á Toledo hace dos días, pues si estuviera aquí, él daría pasos por su hermano, y con seguridad le sacaría hoy mismo de la cárcel, porque los curas son los que más conspiran y los que más pueden con el Gobierno... Ellos la arman, y luego se dan buena maña para atarles las manos á los ministros cuando tocan á cas-